

## EN TORNO AL ARTISTA Y SU ACTIVIDAD CREADORA

Lydia Gal

En todas las épocas de la humanidad hubo artistas. Si bien en algunas florecieron con más intensidad, en otras en mayor número, nunca se produjo la ausencia de ese escrutador de bellezas. No podía ser de otro modo porque desde siempre, el hombre en mayor o menor grado ha sentido atracción y conmoción por las bellezas que lo rodean y ha adoptado una actitud frente a ellas: de simple espectador, otras veces al tratar de fijarlas de copiadore y en casos más felices de recreador.

El orden en el universo, esa unidad resplandeciente —no obstante la multiplicidad— que ha impreso en ella la mente del Creador, el primer artista, no podía dejar indiferente al ser racional. Los sentidos le permitieron e impelieron a asomarse a las realidades tangibles; por su inteligencia pudo gozar al captar lo propiamente espiritual y su voluntad adhirióse al bien, presentado a través de tan gratas envolturas.

El hombre no siempre entendió la belleza natural como lenguaje con el que Dios habla a sus criaturas. El pecado original había introducido el desorden hasta las raíces más profundas, y allí donde se debía encontrar a Dios —la unidad— sosteniéndolo todo en una constante creación, se veía —en las fuerzas de la naturaleza— distintas fuerzas divinas, distintos dioses. Existía una posición de asombro, expectativa reverencial y temor, ya que las fuerzas eran poco conocidas y no dominables. La naturaleza cobraba magnitudes extraordinarias frente a los ojos azorados del “niño” y podía gozar menos de esas bellezas.

Después de la Redención, llegó hasta nosotros la idea de que Dios es nuestro Padre. El único absoluto mueve a considerar todo lo demás como lo que es: relativo y contingente, como puramente medios. Predomina la causa final, ¡a qué alturas eleva! La Edad Media es un ejemplo fehaciente: no están absorbidos por el mundo sino conscientemente absorbidos por Dios y así es como “pensando en el cielo construyen la tierra”. De allí es que no nos extrañen las múltiples manifestaciones artísticas —de esa época— llenas de trascendente significado.

Sin detenernos en otros pasos de la historia consideremos al hombre actual. No es difícil reconocer que vive en una actitud escéptica, agnóstica, casi siempre negativa frente a los valores eternos. Cree encontrar todo en sí mismo.

El hombre rechaza la Redención y en consecuencia está descentrado y desordenado. No vive de valores, apenas de algunas falsas motivaciones y se pierde en el laberinto de sus propias —pesadas y estériles— elucubraciones. De tal modo que se creen artistas, no obstante haber perdido de vista la Belleza; filósofos sin reconocer la Verdad y se quiere transformar el mundo, hacer más felices a los hombres inspirados en una concepción nueva que está alejada de la Caridad. Así no es posible comenzar ¡cuánto menos llegar! en ningún orden de cosas.

Es evidente que hay crisis de amor; no se ama la Belleza, ni el Bien, ni la Verdad. Se aman sustitutos que en sí, y en última instancia, son deletéreos.

¿Qué podemos pensar del artista que vive en este medio sin equilibrio entre espíritu y materia?

Claro está que sufrirá los efectos. En este artículo haremos abstracción del medio circundante y trataremos de llegar a la interioridad de aquellos artistas que han subsistido a través de todos los siglos y seguirán proyectándose en sus obras, hacia el futuro, porque han sido capaces de estar por sobre el ambiente, en cuanto éste tiene de mediocre.

Si entendemos por arte la expresión de la belleza bajo formas sensibles, surge que el artista debe ser capaz de intuir bellezas, en primer término, para poder fijarlas ayudado de una elaboración mediata o inmediata entre uno y otro paso. Todo esto exige lo mejor de sí, sin distraer nada.

El artista está en tensión frente a las bellezas, en *activa contemplación*. Términos aparentemente contradictorios, por cuanto uno significa acción y el otro operación. Sólo son contrarios y coexisten naturalmente. Si faltara un aspecto sería en desmedro del otro.

El tipo de talentos que conforman al artista, le permiten descubrir en todas las cosas, realidades insospechadas e intangibles para otros, y llevado por un apasionamiento desinteresado hacia la belleza, podrá hacer obras que la contengan.

Es evidente que debe haber una afinidad especial, una correspondencia, entre las armonías exteriores y la capacidad para gustarlas. Gracias a ese roce entre el espíritu del artista y la naturaleza nace una luz que ya no es totalmente de él, ni tampoco es del todo exterior a él; debido a esa interacción, se siente impulsado a fijar “el resplandor de la forma sobre las partes proporcionadas de la materia”.

Es la respuesta a la excitación que viene de afuera; será tanto más eficaz en cuanto se sirva de la técnica sin doblegarse a su servicio. Nada debe impedir que sea él mismo. Lo material será un móvil, un pretexto, para sacar a lucir el ideal.

Las múltiples vivencias del artista —consciente o inconscientemente adquiridas— afloran al foco de la conciencia cuando un suceso hace vi-

brar todas sus facultades, al rozarse con la belleza: pero no unas u otras por separado, sino en una amalgama estrecha. Es todo el yo que se vuelca al despertar del genio dormido; claro que "el modo de ponerla al alcance del hombre, varía indefinidamente" (O. N. Derisi) como varía el modo de ser del autor.

Pero todo esto no es tan fácil; el artista está lleno de **contradicciones** y sorpresas. Cuando cree tenerlo todo a su alcance, es cuando con más trabajo actualiza sus potencias, y en otros momentos —casi sin favorecerlas— se presenta la inspiración impulsiva.

Se ha dicho del artista que es un ser privilegiado. Así es en razón de su misma tortura, suave a veces, constante siempre. Algo así como le sucede al Santo —en un plano distinto— si llega a ser tal por ese motor o inquietud que no le deja quedarse en el peldaño ya alcanzado, tan opuesto a la cómoda burguesía. El artista no cabe en esta clase, no es tan mezquino.

El tormento le viene de una sed por ausencia de belleza que persigue. ¿Cuándo lo saciará? Sabemos que sólo en la visión de la Belleza. Ese vacío se llena en parte con el cumplimiento de la vocación. La cual exige amar sus obras, su actividad, los seres. Está frente a un *llamado*, el de recrear las cosas, aumentar el caudal de bellezas —y... muy importante—, ponerlo a nuestro alcance, pero sin bajar hasta nosotros, sino elevándonos a mayor perfección.

El tormento —que no significa falta de equilibrio ni falta de armonía en sus facultades— sobreviene también cuando crea, y no mengua una vez hecha la obra, porque el ideal sigue siempre más alto, agigantándose mientras la pobre materia no alcanza a traslucir toda esa intensidad de resonancias espirituales y por lo tanto superiores. El ideal plasmado en su interior ya no tiene el mismo contenido, pero es el único modo de hacerlo comunicable, uniéndolo a la materia al precio de una pérdida de esplendor. Sin que esto dependa del autor. Los dedos de la técnica —por su misma esencia— son demasiado torpes y desmañados, no trabajan tan finamente como lo requiere el alma de la obra.

A veces se trata de cerrar ese venero de inquietudes (estéticas) y sólo se consigue fijar una proyección amanerada del yo. ¿El resultado? Una pobre originalidad —inarmónica— que ahoga la posible personalidad.

Dios presenta en forma tal las bellezas de la naturaleza que todos —más o menos dotados— cuando ven y miran intuyen y gozan en proporción directa a sus potencias.

El artífice a través de su creación artística "en que continúa la obra de Dios" —según dice Maritain— descubriendo y mostrando lo **menos** alcanzable, también debe llegar a todos pero no por pérdida del arte. "Sin bajar el arte hasta el pueblo sino elevando el pueblo hasta el arte" (Laló). La tentación estaría en querer llegar con igual fuerza a todos, y de allí

saldría el abuso por la vía de los sentidos. Sabemos que éstos sólo deben permanecer como ventanas que dejen pasar por vía superior el gozo y a su vez llevar a un conocimiento —“ventana real— que dé hacia el infinito”. Conocimiento que va entrelazado con el amor porque ese espectáculo en que se da el bien —gracias a la alquimia artística— no deja frío ni impasible, sino que hace amar al ser, lo que equivale decir: al bien y a la verdad.

En cuanto a un aspecto imperdonable en el hombre que pretende ser artista, es la mera copia. Esto significa una mentira, un darle la espalda a su esencia de recreador. Representar menos y sólo para los sentidos. Deleznable posición de sofista que entretiene y distrae de aquello a que debe conducir de primera intención.

De todo lo anterior se desprende —en parte— la respuesta a esta pregunta: ¿en qué estriba la gloria del artista? Además falta decir, aunque parezca paradójico, que reside en hacerse olvidar y hasta en hacer olvidar su obra. Así sucede cuando lleva a la contemplación gozosa, intuitiva y eleva más alto sin moralejas ni argumentaciones que no hacen falta. No lo logra el artista que se busca a sí mismo porque no tenderá sinceramente hacia la belleza. En caso contrario, no queda el espectador absorbido por los detalles ni algunas ideas que cuentan separadamente; de tal modo, su trabajo en el arte no será sólo una manera de hablar a los otros, ni sólo una manera de llegar por medio de una comunicabilidad atrayente en sí misma.

El artista se forma no sólo con el mayor o menor desarrollo del gusto estético y de la imaginación creadora, aunque a veces es suficiente para una obra de cierta envergadura. No basta una formación unilateral, sino una elevación, que significa cultura, de todo el hombre.

Sabido es que la inspiración no nace de una vida pobre. Las obras de arte exigen del artista una personalidad en cuanto tal, definida; no puede ser mediocre. Ya he dicho que hay demasiado escozor en su alma, como para contentarse con lo menos. Esa personalidad significa también salirse de lo vulgar porque hay integridad, universalidad y profundidad del espíritu al volcarse en la obra, a la que da ese sello especial y personal. No es necesario que avance a prisa, la personalidad no se adquiere con dos pinceladas; además en el operar y hacer, siempre será lento en comparación con sus aspiraciones. Lo importante es que haya empezado a caminar aún a riesgo de perderse. Siempre será mejor a permanecer inactivo por pusilanimidad. Sabemos que se adentrará en el mar y llegará a puerto, cuando menos apuro tenga por cosechar los frutos.

¿Es libre el artista en su actividad creadora? Inmediatamente aparece la afirmación porque es notorio que libremente debe presentar el juego de su imaginación creadora. Pero también se impone la negativa: es libre pero no para negar la realidad ontológica, no es libre para

trabajar en base a deformaciones. Imitar al Creador con entera libertad, no se opone a la sujeción a cánones, que no son arbitrarios sino que surgen de la esencia de las cosas y responden a las bellezas que se dan infinitamente en Dios, cuando en la realidad usa las reglas que el Creador usó para la creación de las mismas. Según palabras de Menéndez y Pelayo: "Los cánones que presiden las manifestaciones artísticas no son relativos y transitorios sino sólo en lo accidental. Se apoyan en inmutables fundamentos metafísicos". No puede estar en disconformidad con lo bello. Cuando con "imitación fial" sirve a la belleza, no hay barreras para su actividad.

Tampoco tiene libertad para elegir lo feo en cuanto tal, ni lo inmoral en cuanto tal. El artista no es solamente hombre estético; si bien predominan estos valores no es con exclusión de otros, y al sustancializarse con ellos sobreviene un equilibrio el cual permite intuir que lo inmoral no tiene consistencia en sí mismo, no tiene categoría estética, carece de ser. Por eso lo inmoral y lo feo —en cuanto tales— no se regodean en su obra, y cuando aparecen necesariamente no es por una anomalía; están en función de algo superior. Son las sombras que muestran la luz. Tanto más talento demuestra, cuanto más y mejor nos aleje del fango que ha mostrado para hacer resaltar su opuesto.

Aquel "Ama y haz lo que quieras" de San Agustín resume estas ideas.

El artista "socio de Dios en la creación de las bellas cosas" al decir de Maritain, en el aparente desorden ve el ritmo a que está sujeto y como ve más —porque ve en profundidad— no cae en la tentación, bastante frecuente, de considerar al arte como un fin en sí mismo; le moverá a buscar la perfección artística pero sin olvidarse de la perfección en cuanto hombre, sobre la cual está basada toda otra; y cuando está informado por la vida de la Gracia, no hay duda de que va implícito en su intención, no sólo hacer una obra bella, sino también glorificar a Dios. De ese modo "sobreeleva su misma actividad".

En cuanto al espectador, hablar de él en estos tiempos, sería hablar de alguien que no está preparado ni predispuesto para gustar las bellezas. Entre otras causas, no tiene un mínimo de condiciones necesarias para connacer con la belleza artificial; tampoco hay tantos artistas que puedan hacerlos vivir con y en la belleza. Claro está que no puede gustarse aquello que no se recibe.

Si no hay cultura objetiva artística que electricice todas las potencias, ¿cómo podrá sobrevenir la cultura subjetiva?

A los verdaderos artistas les corresponde compenetrarse de su misión, y al obrar en consecuencia prepararán una época feliz para el arte.